

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Son ustedes aficionados á chicos? Yo creo que por lo menos harán una excepción, y no les gustarán los niños en las carreteras y en las calles.

Ignoro qué relación misteriosa hay establecida entre éstas y la mala educación de las criaturas; pero es lo cierto que dejar á un chico dablear en la vía pública es como echar un petardo ó dar suelta á un mono maligno.

En la casa de sus padres, en la escuela, en el campo mismo, en un sendero de aldea, el chico guarda ciertas consideraciones y respetos, atiende á la voz, se rasca la pelona tímidamente cuando le dirigen la palabra, se esconde cuando ha realizado una picardía; pero en la calle y en la carretera, el chico se cree dueño de la situación, y nos hace la vida imposible.

La calle es suya, la carretera también: sólo la vía férrea, gracias á su no menos férrea disciplina, tiene la inapreciable ventaja de estar libre del chiquillo; que es como estarlo de la langosta, el tábano, la filoxera vastatrix y todas las plagas que cayeron sobre Egipto en hora infausta y bíblica.

Diariamente leo diatribas é invectivas contra los automovilistas, por los atropellos que cometen. Nadie aprobará estos atropellos; pero si juzgo por el recuerdo de las veces que he andado en automóvil, lo milagroso es que, tratándose de chiquillería, no sean los atropellos cometidos muchos más. En cuanto ven un trepidante artilugio, los chicos se disputan el honor de meterse debajo, como se disputan los indios, según cuentan, el de tenderse bajo el carro del dios Yagrenates, á fin de que con toda comodidad y precisión los despachurre. No descansan las criaturitas si no se colocan precisamente en el sitio donde no es posible evitar el aplastarlas, y su mayor delicia consiste en incorporarse al auto, en formar un todo con él, en ser hechos cisco por él.

No por eso han perdido enteramente su antigua afición á los coches, sean particulares, can de línea. Aunque *demodé*, el caballo conserva para los chicos cierto prestigio tradicional. Y especialmente la habilidad y travesura de colgarse del juego trasero, siempre será una de esas cosas altamente atractivas, incitantes, para los pilletes agresivos de la carretera y de la plaza; los que debieran estar en la escuela, y están, por nuestro mal, en todas partes menos allí...

La carretera enseña á los chicos la mendicidad, como les enseña la acometividad y el merodeo. Es una especie de hampa y universidad picaresca la carretera; en ella cursan todo género de ciencias de malignidad y barrabasismo. En ella se rozan con los boquirrotos arrieros, con los jacarandosos guapos de arrabal, con los señoritos ecuestres y ciclistas, con las mujeres que portean al mercado hortalizas y aves, con los cocheros de línea y sus zagales, con berreros y espoliques, obreros que van al trabajo y borrachines que se quedan presos por las patas en la taberna; con mozas de rompe y rasga que salen á hacer sus compras; con panaderas de rejoy y garbo, capaces de descalabrar al más terne á golpe de mollete de pan; con lecheras ágiles, que llevan en equilibrio el cántaro; con soldados festivos, que tararean el *pon, pon*, y á veces dan en liberales y regalan una perrita lo mismo que si fuesen Rothschild; con labriegos malhumorados, con viejas gruñonas, con curas de paraguas rojo, con marineros y pescadores de bronca voz y léxico de salmuera; con regateras fre-

néticamente insultantes, aguardentosas, bravías por los cuatro costados; con la hez, la escoria, la espuma, el recuelo de una ciudad, que rebosa por sus alrededores y se vierte en inquietas oleadas, arrastrando experiencia, lecciones de vida. Y los chiquillos ruedan por entre tantos pies, oyen tantas voces, reciben tanto mojicón, que acaban por aprender un sinnúmero de asignaturas, papeletas y cuestiones, y cuando se les pregunta responden demostrando conocimientos, á menos que callen de puro zorros y ladinos. Por los chiquillos puede saberse siempre quién habita una casa, quién la frecuenta, qué género de vida se hace en ella, qué operario trabaja ó huelga, qué costurera tiene novio, qué matrimonio se tira los trastos, qué *sportman* se rompió la crisma, qué matulero pasa géneros sin pedir permiso al resguardo, qué lechera agua más la leche y en qué figón se concertó un robo. Con los chiquillos se envían recados, se toman informes, se ejerce el espionaje y se monta una policía. Nadie está más al corriente que ellos de las horas, sitios y modos de celebrarse festejos, solemnidades, bodas y bautizos, entradas de personajes, inauguraciones y primeras piedras; nadie acierta como los chiquillos á apoderarse del mejor puesto, entrando de balde y disfrutando de cualquier espectáculo más y mejor que los que pagan.

Lo asombroso de los chiquillos es que parecen tener el don de ubicuidad. ¿Dónde habrá rincón, esquina, recodo, ángulo, pico, páramo, solar con valla, montón de escombros, hacina de basura, puerta de café, atrio de iglesia, portal grande ó chico, en que no aparezca un pillete, ó acaso dos, y mejor tres, saliendo de detrás de las puertas y de los escondes oscuros, como los bichejos de humedad y las moscas en otoño?

¡Los portales! Claro es que en Madrid, supuesto que haya portero, no están los portales tan infestados de chiquillería; pero donde falta ese funcionario ó funcionaria, los chicos invaden el salón que se les ofrece tan á mano para defenderles de la lluvia, del calor, del frío, de la nieve, de los vigilantes y de las madres amigas de zorregar malgadas. En provincia, donde los porteros son institución de lujo, los portales presencian hazañas vandálicas de la chiquillería. La decoración, si la hay, es atacada por navajas, trozos de vidrio, puñales de hoja de lata y humazo y fuego de fósforos; las paredes blancas sufren los gráficos y las inscripciones que es fácil suponer; los aparatos de luz eléctrica padecen pedrada; y son también más para adivinadas que para referidas otras demasías del género sucio que en los portales suelen cometerse, para desesperación de inquilinos y furor de caseros... En el portal dan los chicos campales batallas á perros, mininos y mures, y en el portal atisban al enamorado que hace señas al balcón de enfrente, á la menegilda que se avista con el húsar, á la beata que cruza pisando blandito y haciendo sonar su rosario, al curial cargado de papelotes que el viento se encargará de dispersar pronto; á cuantos pasan y no piensan en el ojo siempre avizor, en la curiosidad siempre incansable de los pequeños, decididos á empararse en la realidad que los cerca y que adivinan más de lo que la estudian...

Al paso que observan y figonean, molestan y acometen, los chicos juegan, riñen y cantan. ¿Con qué juegan los chicos de la calle, que no poseen juguetes? En eso está el toque: habiendo juguetes, cualquiera juega. ¿No es simpleza meterse en un bazar, comprar el sable, la trompeta, el aro, el cubo, los soldados, y después divertirse con lo adquirido? El asunto es gozar y pegar chillidos de alegría y soltar risas sin fin, y saltar y brincar locamente, siendo el instrumento y vehículo de tanta dicha una lata vieja de petróleo, dos astillas de palo, un poco de *piola*, un periódico atrasado ó un (*¡horresco referens!*) ratón difunto. A los chicos les sirve de juguete el charco de agua, el atullo de barro, el montón de cal á medio gramar, las virutas, las barrias vacías, el clavo oxidado y el desfondado cajón. Si encuentran cosas mejores, como cajas de fósforos con estampa, retazos de cartón dorado, una cabeza de muñeca es tropeada, una botella desocupada ó un semanario ilustrado en que abundan los monos, entonces la fiesta es de repique doble.

Escudados por su candorosa desvergüenza, los chicos piden cuanto ven. Si lleváis un ramillete, os demandan una flor; si un cartucho de dulces, quieren su parte; si no lleváis nada, os reclaman terciamente la *perrilla*, el centimillo, desmintiendo su cara de manzana roja y sus ojos chispeantes las lán-

timas que os cuentan para enterneceros. Y si no les dais, ellos sacan su provecho en miraros y admiraros, en informarse detenidamente de los mínimos pormenores de vuestra indumentaria y vuestra persona; en escuchar lo que habláis, y remedarlo después, burlescamente, celebrando con algazara cualquier frase sorprendida, lo mismo que celebrarían donoso saínete.

Hace pocas tardes estábamos en una playa. A nuestro alrededor se formó, como por ensalmo, un corro de chiquillería. Surgían, al parecer, de la arena; salían, garrapeando, de los botes y esquifes varados allí; los arrojaba quizás el mar; no sé; ello es que se juntaron, y nos encerraron en la sortija viviente y bullidora de sus cuerpos, vestidos de percal andrajoso, desteñido, lleno de porquería. La mayor parte de ellos eran criaturas preciosas, rubias, rollizas, saludables, que sólo requerían peine, jabón y estropajo para salir relucientes de belleza y vitalidad, soltando su crasa pátina, la cochambre de su vivir sardinero. A sardina olían, excusado creo decirlo, pues esta sangre roja y bella que cría la orilla del mar, está formada con el saín del plateado pez, con su carne blanca y sabrosa, de acentuado picor. No sin pueril orgullo nos enseñaban sus juguetes, rebuños de algas, conchas vulgares, y un bicho extraño, gelatinoso, que yo no había visto jamás, y que parece hecho de transparente cristal rosa, con vetas de púrpura. Con esto, y puñados de arena, se divertían hasta que nosotros llegamos; pero desde que nos bajamos del coche, comprendieron que éramos más entretenidos aún que las algas y el pingajo de gelatina, y no hubo más remedio que sufrir la proximidad, nada fragante, de aquella pillería de playa.

Se echaron en el suelo para contemplarnos con todo sosiego y calma, y poder fácilmente palpar y examinar la orla de nuestros trajes, el tacón de nuestras botas, la puntilla de nuestras enaguas, el regatón de nuestras sombrillas. En voz muy queda trocaban comentarios acerca de tales particularidades; reían ahogadamente, y silabeaban con una especie de sagrado terror. No se crea, sin embargo, que el arenal es de esos donde en un año no pone nadie el pie. Al contrario, habrá pocos tan concurridos, donde desembarque y embarque con tal frecuencia gente de muy diversas esferas sociales. Pronto la temporada balnearia le animará; incesantemente abordan á él las lanchas. ¿Qué veían en nosotros los chiquillos para asombrarse tanto? Ahí está el quid. Cada persona, ó mejor dicho, cada *señor*, es para los pilletes fuente inagotable de sensaciones, espectáculo de los que no cansan nunca. Y puede ser el *señor* además dispensador de gracias tan preciadas y singulares como una rosquilla, un mendrugito, una moneda de cobre ó un pañuelo de zaraza...

Estos niños que se os cuelan debajo de los pies, en los barrios extraviados, en las aldeas comarcanas, en la carretera polvorosa, no son, propiamente hablando, niños menesterosos. En su casa tienen pan —blando ó duro, de trigo ó maíz, pero comestible—. Tampoco van desnudos; algunos hasta revelan la coquetería de las madres en el lacito colorado ó azul puesto en un mechón, á la izquierda de la frente. Lo que no se descubre en ninguno, es huella de refrigerio de la tez; lo que falta á estas criaturas es aseó. Muchos ostentan el lazo de cinta sedaña, y van descalzos. Otros, con golpe de entredoses en los delantales, lucen en la faz cada churrete que espanta. Y abandonados, solos, á porfía, se arrojan deliberadamente al paso del automóvil ó del coche, sin perjuicio de que, realizado ya el atropello, la familia salga furiosa, llorosa, trágica, á increpar al cochero y al mecánico. Así viven, robustos y puercos, angelicales y medio bestias, revolcados en cieno y envueltos en tolvenera, inaguantables y chistosos, bravos como espinos, inocentes como palomos, semilla de haraganes y de faeneros, de inútiles zánganos y de miserables abejas...

¡Oh, la escuela, si fuese como la soñamos! ¡Oh, los campos de juego, del juego escolar; oh, la enseñanza cristiana, moderna, el orden, la luz en esas almas semi-salvajes, vivaces, como la fresa en la fresa y el rosal espiño en la mata!

Un desaliento me postra, cada vez que oigo bajo la ventana los corros de niños:

Qué quería usted,
matallile lile lile...

ó escucho, en la carretera: «¡Tralla atrás! ¡Tralla atrás!»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.